

El Sabueso Demoníaco

David Hernández Quesada



Capítulo 1

Uno... Dos... Tres...

Cuatro mendigos me estaban rodeando en el callejón. Dos delante y dos detrás. Había luna llena, iluminando ligeramente mis curvas y cabello largo mientras ellos permanecían en la oscuridad. Sin embargo, eso no era un problema para mí.

¿Eran simples ladrones de poca monta o asesinos que venían por mi cabeza? La verdad es que no importa. Todo criminal merece ser castigado, sin excepción.

Seguí caminando con tranquilidad, como si no fuese conmigo. Los dos vagabundos que estaban sentados delante de mí se levantaron al pasar por su lado y uno de ellos me agarró del brazo.

Vaya pésima decisión.

Al instante su cuerpo se paralizó, así que le cogí de la muñeca y lo tiré al suelo. Donde merecía estar.

–¡Quieta! ¡Ahora mismo! –gritó el otro bastardo.

Tenía una daga en su mano e iba dando tajos al aire mientras mantenía la distancia. Ni siquiera me moví ante una nimiedad como esa.

–¡Hija de p...! ¿iQué le has hecho!?

–Nada –contesté levantando los hombros–. Se lo ha hecho el mismo. –Miré al hombre de reojo, hice una media sonrisa y añadí–: Tómallo como una advertencia de que no se juega conmigo.

El pobre diablo reuló un poco. No se le veía muy profesional con sus manos temblando. Incluso me dio una pista cuando miró hacia mi espalda aunque no la necesitase. Un verdadero estúpido.

Sin ni siquiera mirar me agaché, esquivando los puñetazos de los mendigos de atrás y me volteé dándoles una patada en los pies y derribándoles. Me levanté y negué con la cabeza.

–Eso no va a funcionar, chicos –dije con la barbilla alta y con una ligera sonrisa burlona–. Hoy me siento amable, así que os daré 10 minutos para explicarme quiénes sois.

Sin embargo, antes de que dijese nada, tuve que poner mi atención en dirección opuesta. Con un grácil movimiento de dedo levanté el pavimento

de la calle para atrapar los pies del otro criminal que intentaba huir.

–Por favor, sé educado y espera con paciencia tu turno.

Se le notaba en la cara que cada vez estaba más cagado.

En fin, volví a girarme hacía los dos bastardos que ya estaban arrodillados a mis pies y haciendo reverencias.

–¡Lo sentimos mucho, señora! No queríamos...

Una patada en la cara le dejó en el suelo con la nariz rota.

–¡No me faltes al respeto, basura inmunda! –grité a pleno pulmón. Me agaché y acerqué mi cara al otro hombre–: ¡No tenéis ni el derecho a tocarme, mucho menos a hablarme así!

Aunque parecía dispuesto a hablar, no lo conseguí. ¿Por qué? Pues porque en ese momento tuve que rodar por el suelo para esquivar una daga lanzada que se clavó en su frente.

Y si, esa fue la gota que colmó el vaso.

Me volteé hacia aquel idiota con los pies atrapados. Se cayó de culo al suelo, sudando sin control y sin saber a donde mirar. Con mi cara más cabreada, me acerqué caminando mientras hacía crujir mis nudillos.

–Cabronazo, te lo advertí.

–¡¡Por favor no!!

Le cogí del cabello y le levanté. Le miré fijamente con el ceño fruncido, pero no pude evitar empezar a reírme. Primero a lo bajo, luego a carcajadas. Finalmente, me acerqué a su oreja y susurré:

–Vas a ser un juguete perfecto para acabar la noche.

–¡¡No... nooo!!

Mientras él se ponía a sollozar, sonreí de oreja a oreja y solté otra risita.

–¡Hasta nunca!

–¡¡¡¡Nooooooooooooo!!!!.....

...

..

.

Je, je, je... Sí, fue realmente divertido.

Tras desahogarme me llevé a los dos tipos que seguían vivos y lo escupieron todo. Acabaron por ser atracadores de poca monta. Perfectos para un entrenamiento, pero no quienes estoy buscando.

Por mucho que se escondan, no hay criminal que pueda escapar de mí.

Porque yo soy:

El Sabueso Demoníaco.